

EN PUNTO

ADLAI STEVENSON: UNA TRAGEDIA AMERICANA

ESTE hombre frustrado que cayó muerto el 14 de julio en una calle de Londres era el protagonista de una tragedia americana: la tragedia de la contradicción entre el pensamiento y la acción, entre la conciencia y la política. En lenguaje de hoy, un hombre aliado. Adlai Stevenson, representante de los Estados Unidos en la ONU, prestaba su elegante, su excelente oratoria de intelectual —probablemente fue el mejor orador americano de este siglo— a una política que no coincidía con la suya, que no compartía; pero que se creía obligado a servir. Pocos días antes de su muerte había recibido una carta firmada por un amplio grupo de intelectuales apelando a su conciencia para que dejase de representar una política que estaba en contradicción con su ideología de liberal. Este llamamiento sin duda hizo su impacto. El 13 de julio, Stevenson cumplió una vez más su obligación, defendiendo en la televisión británica la política americana en el Vietnam; por la noche, cenando con un grupo de periodistas, anunció que los cuatro años y medio de su labor en la ONU le habían agotado, y que iba a retirarse a Chicago para volver a abrir su bufete. La muerte le sorprendió al día siguiente, sin darle tiempo a desanudar este conflicto, fijando para siempre en la Historia la imagen de sus dudas, de sus contradicciones. La imagen de una tragedia americana, pero también la de un cierto tipo de intelectuales universales, incapaces de resolver entre dos salidas.

Adlai E. Stevenson había vivido largamente esta tragedia. Había querido conciliar su conciencia y la política durante toda su vida —tenía justamente la edad del siglo— y únicamente había conseguido que sus fracasos fuesen honorables, que su figura fuese respetada y admirada cada vez que se hundía en el léngamo de la acción fallida. Combatiente de causas perdidas, dos veces se presentó a las elecciones presidenciales contra un candidato preelegido, brillante y popular aunque vacío: el general Dwight Eisenhower; las dos veces fue ampliamente derrotado. «Podría haber sido —decía Stevenson— Jefe de Estado de cualquier

ger Kennedy. Stevenson tuvo que conformarse siempre con ser un segundo. «¡Pobre Adlai, siempre será el ayudante de alguien!», había dicho su mujer —heredera de una orgullosa familia que se había enriquecido en la



país europeo; pero he nacido en un país imposible para mí». Aún en las elecciones de 1960 quiso ser candidato del partido demócrata, pero fue rápidamente desplazado por la rica maquinaria electoral de Kennedy. Sin embargo, es probable que Kennedy nunca hubiera sido Presidente si no hubiesen existido las campañas electorales de Stevenson en las elecciones anteriores. Porque Stevenson había introducido en el campo electoral americano un nuevo elemento: el intelectualismo, la inteligencia, la imaginación, el liberalismo sincero. Había perdido, porque aún no era tiempo —«más vale perder una elección que dirigir mal al pueblo; mejor perder que gobernar mal», dijo en 1952—, pero había sembrado lo que iba a reco-

industria lechera—; esa frase presagiaba un divorcio que fatalmente se produjo. Efectivamente, Stevenson había sido segundón de Roosevelt —al que acudió deslumbrado como tantos políticos de la época en 1932—, había sido un segundón en Washington durante la segunda guerra mundial y, después de un periodo como gobernador de Illinois, las dos elecciones perdidas —perdidas a pesar del apoyo de los sindicatos y los elementos progresistas del país, que nunca olvidaron que se había enfrentado con McCarthy cuando casi nadie osaba hacerlo: el propio senador Kennedy cuidaba demasiado su futuro político para hacerlo— le dejaron en el puesto de embajador de su país en las Naciones Unidas, cuando todo el mundo esperaba

que Kennedy le hiciese secretario de Estado. Sus contradicciones internas comenzaron cuando tuvo que defender en la ONU la actuación americana en la Bahía de los Cochinos. Poco más tarde, cuando la crisis del Caribe, Stevenson pudo pronunciar una frase que respondía al pacto que había hecho consigo mismo. El día en que la crisis se resolvió, Stevenson dijo: «Recordemos para siempre este día no como el que mantuvo al mundo al borde de la guerra nuclear, sino como el día en que los hombres decidieron no detenerse ante nada para conseguir el establecimiento de la paz». Su compenetración con Kennedy, sin embargo, le permitió llevar brillantemente a cabo su misión en la ONU. Hasta que sobrevino el crimen de Dallas. Se le vio ese día solo, destrozado, bajar la colina del Capitolio con lágrimas en los ojos... A partir de ese momento, Stevenson vivió el «climax» de su tragedia. Como tantos otros americanos de buena fe creyó que el Presidente Johnson iba a suponer la continuación de Kennedy, no advirtió que el nuevo Presidente se apoyaba sobre ellos —sobre los intelectuales, sobre los liberales, sobre las gentes que habían dado una versión generosa y amplia de Estados Unidos— para crear su plataforma electoral primero y para disfrazar su política después. Stevenson siguió en su puesto, y se encontró de pronto con que la continuidad se había roto, con que era el superviviente de una época muerta.

De esta forma, este gran pacifista se encontró comprometido en una política de fuerza, este liberal se vio envuelto en un régimen autocrático, este intelectual se vio desmentido por los intelectuales. En unos meses, el hombre que había perdido su carrera por ser insobornable, por ser leal a su propia ideología, se encontró defendiendo temas contrarios a sí mismo —Santo Domingo, el Vietnam— sin siquiera haber recibido los beneficios del soborno. Este rayo del destino que le ha sorprendido de pronto en Londres —quién sabe si su lesión cardíaca no proceda de su amargura interior— no le ha permitido ni siquiera elegir el ostracismo, no le ha dado tiempo para retirarse; y ha bastado para dejar dibujada su silueta con tintas confusas, extrañas, cuando todo el esfuerzo de su vida había querido ser en pro de la claridad y de la entereza.

E. H. T.